









DEFECTUOSOS

III. LOS TUERTOS. Si nos detenemos a hacer un minucioso examen de las notas más características de todos cuantos individuos nos rodean, obtendremos una consecuencia...

estacazo en la barriga. Si los ojos son las ventanas del alma, todos los tuertos nos muestran la mitad de su alma, solamente.

DISCURSO DE LAS ARMAS Y DE LAS LETRAS.

(Del Madrid cómico.) Dejando de comer D. Quijote, comenzó a decir: "Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la Orden de la andante criticueria; y si no, dígame quien, no siendo un crítico, se ha visto en el trance de andar por el mundo firmando certificados de buena conducta para quien no debe de necesitarlos, y menos debe pedirlos, por ser la honra y buena reputación calidades que se han de suponer en todos; quítense de delante los que dijeren que está bien que cada pocos días un crítico, que de las letras se ha de entender que habla, y nada más, en todo cuanto de ellas dice, necesite declarar que, tratándose de un poema, no ha entendido ofender a un caballero; que fuera como apuntar al sol del centí para dar en los antipodas. Graves confusiones nacen y disturbios se engendran en la república de las letras, de separar bien cada cual lo que al punto de honor toca y lo que sólo entra en las contingencias del amor que llamamos propio, sin deber llamarlo así, pues más que amor de nosotros mismos es de nuestra sombra, que es nuestra vanidad. Todo el hombre debe dejarse hacer pedazos por la limpieza de su honor, pero ni lo negro de una uña se ha de exponer por arrancar de viva fuerza á otro una favorable opinión de nuestro ingenio, que, presupuesto que él la tenga mala, ni con tenazas se la arrancaremos; y el hacerle cambiar en esto no es obra de la fuerza, sino de la elocuencia, que por medio de la persuasión ha de trocar su ánimo, lo cual sólo se consigue con partos del cerebro que de tal arte sean, que á todos seduzcan. Así cambiará el parecer contrario, que no forzado; y donde no, será tan miserable, que valdrá más teniéndole por enemigo.

quiso ofender, sino exigir el desagravio, si cabe; y si la injuria no asoma, es malicia escusada sonsacarla y querer verla allí donde no hay más que honesto pasatiempo y chanza permitida y sancionada por el uso de todos los siglos y de todos los pueblos cultos.

Mas no permitiéndome la Orden de caballería que profeso consagrar mis ocios que son las armas, á cortarles la pluma y dejársela sin pelos á los que de ella viven, ó quieren vivir, lo que por mí no he de hacer, á los demás se lo recomiendo; pues así habrá orden en estos reinos, y serán las letras para lo que son, que es el ornamento de la paz, y las armas para lo que sirven, que no es para ahuyentar las musas, sino al contrario, barrer de enemigos el terreno donde ellas, al amparo de la sagrada oliva puedan reinar, acompañando al dios Esmínteo, coronadas de laurel incorruptible.

TRIBUNALES FRANCESES

El crimen de Villemonble.

LA VISTA DEL PROCESO.

El día 6 de abril, la Sala del Tribunal del Sena estaba completamente invadida por inmenso gentío, como sucede cuando los procesos de gran sensación. Como es frecuente verlo, el auditorio se compone principalmente de señoras de todas clases, vestidas muy coquetamente.

EUFRASIA MERCIER.

La acusada Eufrasia Mercier entra y se adelanta con paso vacilante, entre un grupo de periodistas. Lleva una mantelita azul sobre vestido marrón y una mantilla á la española, que cubre su cabello gris-blanco peinado á la Maintenon.

INTERROGATORIO DE LA ACUSADA.

A las doce y media, comienza el interrogatorio de la acusada Eufrasia Mercier. En el primer interrogatorio, parecía Eufrasia una alocada, hablaba de misión divina y parecía atrofiada en sus facultades mentales.

EL PRESIDENTE.—La acusación se cree autorizada para decirnos que habéis asesinado á Mlle. Menetret.

LA ACUSADA.—¡Yo! ¡Dios mío, esto es monstruoso! Jamás tuve valor para matar un pollo. ¡Cómo había de matar á una mujer!

Presidente.—Entonces se os acusa falsamente. Supongamos que sea así, ¿en qué país se halla Mlle. Menetret? ¿En qué convento ha buscado refugio? ¿Por qué habéis declarado cosas muy diferentes al ser preguntada acerca de esta cuestión?

Acusada.—Mlle. Menetret, está en un convento. Tal vez en las Arrepentidas de Bruselas. Yo lo ignoro. Ella me dijo que se iba al extranjero. Llevaba calzado fuerte para un largo viaje...

Presidente.—¿No dijisteis que habíais vuelto varias veces á Villemonble, para veros?

Acusada.—Sí; y la acompañaba una religiosa.

Presidente.—¿Por qué habéis hecho esas falsificaciones?

ACUSADA.—Por obedecer las órdenes de Elodia Menetret. Cuando se marchó, me dió todo cuanto poseía, pero como no entendía nada de negocios, todo lo hizo verbalmente. Mlle Menetret, al irse,

me dijo:—"Haced lo que queráis; lo que poseáis, es vuestro." Eufrasia niega energicamente que hubiese ido en el Luxemburgo, á casa del notario Ranconnet. Y añade que, si fué á Bruselas, fué para averiguar el paradero de Elodia, más bien que por ver á su sobrino Alfonso, recién llegado de América.

Ahora vuelve á ser la alocada. PRESIDENTE.—Alfonso Chateaufeuf ha descubierto, que vos habíais asesinado á vuestra antigua ama, Mlle. Menetret.

ACUSADA.—Alfonso conspiraba con mis enemigos. Así, cuando Adela quiso ir á reunirse con Alfonso en Bruselas, le hice firmar un acta por la cual declaraba que la casa de Villemonble no le pertenecía, por mas que pareció que se la vendía, cuando las dificultades con los contratistas. La Virgen me inspiró y Dios me aconsejó en circunstancias tan difíciles.

Presidente.—La denuncia de Chateaufeuf es de una exactitud y precisión sorprendentes.

Acusada.—Satanás se la habrá inspirado. Si yo hubiese sabido lo que había bajo las dalias, lo habría quitado de allí. Mis enemigos, sin duda, lo habrán puesto en aquel sitio.

Presidente.—El esqueleto que se ha encontrado, es el de Mlle. Menetret.

Acusada.—Es falso. Elodia Menetret, vive. Está en un convento! Lo juro, creedme!... En estos momentos estoy animada del espíritu de Dios, quien permite que me defienda con energía. Há tres días, estaba moribunda, en la cárcel...

Presidente.—Pues bien, si Mlle. Menetret vive, decidnos el lugar de su retiro.

Acusada.—Lo ignoro. Lo único que sé, es que soy inocente, inocente del todo. Todos los días ruego á Dios, que me haga conocer donde está Elodia Menetret, y para ello invoco el nombre y los méritos de Jesucristo.

Presidente.—Veamos; mirad esta osamenta, que se halla sobre la mesa, junto á los demás cuerpos del delito, y jurad que esa osamenta no es la de Mlle. Elodia Menetret!...

Acusada.—Lo juro. Juro que no he matado á nadie. Moriré un día, y subiré pura ante Dios, mi creador! Jamás cometí ningún asesinato, lo juro ante Dios!

Este juramento produce gran sensación en el auditorio.

INTERROGATORIO DE LOS TESTIGOS.

Son muy numerosos los testigos, y lo que de sus declaraciones se obtiene, son pequeños detalles que constan ya en el acta de acusación que hemos extractado extensamente.

De ellas, exceptuando lo referente á Adela Mercier y á Adolfo Chateaufeuf, indicaremos un pequeño detalle que facilita el testigo M. Riquier.

Pregunta.—¿Estaba loca Mlle. Menetret?

M. Riquier.—No señor, pero era muy impresionable.

Pregunta.—¿Una de sus hermanas murió loca?

M. Riquier.—Es verdad.

Pregunta.—¿Creeis que Mlle. Elodia, tuviera vocación religiosa?

M. Riquier.—Ni mucho menos.

DECLARACION DE ADELA MERCIER.

Soy hija de Zacarias Mercier—dice Adela;—mi padre vive en el Norte de Francia. Por invitación de mi tia Eufrasia, consintió en que viniera á Villemonble, pues le dijo que había heredado á Mlle. Menetret, y que esta señora "jamás vendría á reclamar sus bienes."

En Villemonble se decía, que Eufrasia había encontrado un tesoro.

Mi tia me había enseñado su testamento, por el cual me legaba todos sus bienes, con objeto, decía, de que cuidara á todos los locos de la familia.

"Cuando yo muera—decía mi tia—me enterrarás en el jardín, porque lo mismo se descansa aquí que en el cementerio." (Sensación.)

También ha sido mi tia la que ha hecho que me casara con Adolfo Chateaufeuf.

Eufrasia Mercier.—Es decir, que él la atrajo á su cuarto, y yo le hice casar, cuando el matrimonio estaba ya consumado.

El Presidente.—¿No os habló vuestra tia Eufrasia de que el jardín había sido un cementerio?

Adela Mercier.—No; me lo dijo mi tia Honorina, en esta forma:—"Hay cadáveres en el jardín, deberíamos llamar al cura para que los bendijera."

Adolfo Mercier.—Sucederán aquí cosas terribles; los muertos hablarán." (Sensación.) Eufrasia Mercier.—Tu estás loca, Ade-

de verme favorecido con la conversación de Su graciosa Majestad la Reina (que Dios guarde), pero declaro que si en alguna ocasión llegase á tener ese honor, creo que experimentaría poco más ó menos lo que experimenté más de una vez hablando con la señorita Catalina Danton.

"Gracia, así se llama esa señora, tiene un hermano que es doctor en medicina; guapo muchacho, en verdad, y muy observador. Le sorprendí en alguna ocasión contemplándose con un aire singular, cuya significación pareceme comprendí.

"Supongo que no me esperarás antes de Junio; con todo, no te desmayes, si regreso á nuestra pequeña isla antes de esa época.

"Mientras tanto llega ese día, escribeme, cuéntame lo que haces, y si no supiese que eso no entra en tus costumbres, te rogaria que rezases una plegaria por tu infortunado amigo.

"REGINALDO STARFORD."

"Te hago esa pregunta, porque hay aquí, en esta quinta, una señora encargada del manejo de la casa, una prima lejána del capitán, persona muy juiciosa, sensata y por todo extremo distinguida, que quizás algún día llegue á convertirse en la señora capitana Danton. Tiene unos veintiseis años de edad.

Rosa, sin embargo, contuvo una vez más su respiración, para escuchar mejor.

En el silencio de la noche, oyóse resonar el ruido de pasos sobre las losas del corredor.

"Era acaso Ogden el que subía?"

No. Los pasos se detuvieron delante de la puerta inmediata; que correspondía á la habitación de Catalina, y Rosa oyó que daban un discreto golpecito.

Arrastrada por invencible curiosidad, acercóse Rosa de puntillas á la puerta, y apoyó la cabeza contra la cerradura para escuchar mejor.

La puerta de Catalina se abrió, y percibióse un murmullo de voces, sin poder comprender ni una palabra de la conversación; pero Rosa reconoció enseguida que la voz que se dirigía á Catalina no era la de Ogden.

Pasaron cinco minutos, diez; cerróse la puerta, los pasos resonaron otra vez por delante de la puerta de Rosa, y su eco se perdió en la escalera.

sin acertar á darse cuenta de lo que significaba semejante maniobra.

Rosa, no obstante, se empeñó en permanecer indiferente y no consintió en manifestarse más amable, sino que, por el contrario, se decidió á perseverar en su resolución, recordando la manera indigna como había sido engañada por el que iba á ser esposo de su hermana, y obediendo á esta idea se levantó de repente, se excusó lo mejor que pudo y se retiró á su cuarto.

Terminada la reunion, y cuando todos se retiraron, Reginaldo se quedó en el salon el último de todos para hablar con Catalina.

—Ya veis como fracasó mi tentativa.

—Rosa es un misterio,—replicó malhumorada la señorita Danton,—parece que la han cambiado; pero no debéis olvidar,—añadió acompañando á sus palabras una alegre sonrisa,—que un Stanford no retrocede nunca en sus empresas.

—Es cierto; sin embargo, esto es para desalentar á cualquiera, por más que no me doy por vencido. ¡Buenas noches, mi bien amada, dormid bien y pensad mucho en mí!

Reginaldo se retiró á su cuarto llevando una lámpara en la mano.

En la chimenea chisporroteaba alegre un buen fuego. Se tendió en su sillón, se quitó el frac y se puso unas zapatillas, metió las manos en sus bolsillos del pantalón y se quedó mirando fijamente el fuego, á la vez que silbaba una canción escocesa.

Durante una media hora permaneció en aquella postura, inmóvil como una estatua.

Pasado este tiempo se levantó, cogió su cartera y se preparó para ponerse á escribir una carta.

Mientras se sentaba á la mesa y mojaba la

pluma, se acordó de lo que le había pasado en la casa de la señora Danton, y se puso á pensar en lo que le había pasado en la casa de la señora Danton.

Se acordó de lo que le había pasado en la casa de la señora Danton, y se puso á pensar en lo que le había pasado en la casa de la señora Danton.

Se acordó de lo que le había pasado en la casa de la señora Danton, y se puso á pensar en lo que le había pasado en la casa de la señora Danton.

